

Debussy, o el vuelo de una mariposa

Claude Debussy nació con una malformación congénita. Pero un encuentro azaroso le impulsó a ser uno de los compositores más importantes, al crear un estilo impresionista. Murió hace 90 años, durante un bombardeo a París. **TEXTO: MARTÍN CASILLAS DE ALBA**

Cuando nació el primer hijo de Manuel-Aquiles Debussy y Victorine, su esposa, en Saint-Germain-en-Laye, cerca de París, el 22 de agosto de 1862, la madre se quedó helada y lo más seguro es que se le cortó la leche cuando le trajeron a su hijo de la sala de partos y pudo ver que había nacido con una malformación hidrocefálica. Con ese grito empezó a respirar este niño, que sería uno de los compositores impresionistas más importantes del siglo XIX y principios del XX, un artista que creó un nuevo estilo recitativo, como podemos escucharlo en su ópera *Pelleas y Melissande* (1902). Un artista que construye una estructura musical y armónica con un refinamiento sonoro que se parece mucho al vuelo de las mariposas cuando escuchamos, por ejemplo, sus obras para piano como *Le Papillon* (1871) o sus preludios, entre otras obras que parecen haber salido del pincel pautado de un pintor impresionista.

como *El mar* (1905), una de sus principales obras orquestales.

Nadie sabe cuáles son los momentos que nos pueden marcar para el resto de la vida, pero el hecho es que desde que nació Claude-Aquiles con esa malformación, su madre lo sobreprotegió, y por eso creció encerrado en su departamento de la Rue Pigalle, sin ir a la escuela y, aunque tuvo más hermanos –Adela, Eugenio, Alfredo y Emmanuel–, a Claude lo trataban como si fuera hijo único. Lo que aprendió durante sus primeros años se lo enseñó su madre, y sólo cuando hacía buen tiempo y la hidrocefalia había dejado de ser una amenaza, para convertirse sólo en una frente abultada con la que cargó toda su vida, su madre lo llevaba a la Plaza Willette en Montmartre, donde había unas terrazas enjardinadas con arbustos y setos de flores donde Claude descubrió, entre otras cosas, el vuelo de la mariposa, ese vuelo frágil y doblegado por el viento.



ILUSTRACIÓN: DIEGO ÁLVAREZ

Luego supo de lo efímero de su vida –que puede llegar a ser de un solo día– y la transformación a la que están sujetas: desde que son unas orugas que se protegen encerradas en su capullo sin comer hasta que se convierten en crisálidas, para metamorfosearse en mariposas que rompen el esqueleto externo de la crisálida y comienzan a volar como modestas damitas vestidas de blanco o de colores y con un brillo incomparable.

Él observaba a las mariposas en su vagar desplomado e insistente y, por frágiles, su dependencia del viento en sus giros alrededor de las flores donde libaban, antes de huir a uno de los arbustos para descansar un momento, ahora que estaban libres de ataduras.

Claude Debussy las coleccionó en unas cajitas y llegó a tener docenas de ellas, mismas que mimaba y observaba en detalle. Tal vez se había identificado con ellas. Cuando cumplió 6 años de edad, él mismo rompió su crisálida de la Rue Pigalle y, por primera vez en su vida, voló de vacaciones con su tía Octavie de la Ferronier hasta la Rivera Francesa en el pueblo de Arosa, cerca de Cannes. Bajo ese sol del Mediterráneo conoció el mar –¿quién, que no haya conocido el mar, no se queda perplejo para el resto de su vida frente a esa azul inmensidad?–.

Tiempo después escribió: “Me acuerdo del ferrocarril que pasaba entre la casa y el mar y que parecía que salía o se hundía en el horizonte, según se viera... también del camino a las Antibas, con sus rosas –nunca he vuelto a ver tantas en mi vida– y, luego, a un carpintero noruego que cantaba canciones de Grieg todo el santo día”.

Pininos en el piano

La luz en la Costa Azul es algo tan vivo –como en estas latitudes lo es en Oaxaca–, que lo primero que se le antojó hacer en su vida fue pintar y tratar de plasmar los colores que obtenía de esa luz en todo lo que lo rodeaba para plasmarlo en un pedazo de papel.

Manuel-Aquiles, su padre, era un hombre que disfrutaba de la vida en general y de la música en particular, yendo a los teatros, conciertos y óperas. Por eso, un día se le ocurrió llevar a su hijo a Londres para escuchar la popular opereta de Arthur S. Sullivan (1842-1900), *HMS Pinafore*.

Los descubrimientos se siguen: primero las mariposas en el parque, luego el mar, y ahora la música en Londres. Tres encuentros y descubrimientos que lo llevaron a su oficio, y más tarde a encontrar su estilo: la música y el piano.

De regreso a París, con 9 años de edad, su padre lo llevó con Madame Mauté de Fleurville, una pianista que fue alumna de Chopin y que había conocido a Wagner. En esos días tenía un salón que atraía, como moscas, a los músicos de la época. Cuando lo oyó tocar por primera vez, le dijo a su padre: “¡Este joven tenía que convertirse en músico!”.

Listo. Ahí estuvo otro de sus encuentros y el parteaguas de su vida, pues de 1870 a 1873 todo lo que hizo fue treparse a un banco y aprender a tocar el piano antes de entrar al Conservatorio de Música de París.

Matilde, la hija de Mauté de Fleurville, se había casado con el poeta Paul Verlaine, quien decidió un día llevarse a vivir a su casa a Arthur Rimbaud, y por eso pronto se divorció de su mujer, a quien le había dedicado su poema *La buena canción*. Mientras sucedía todo esto, Claude observaba los sucesos desde el piano de Madame Mauté.

En 1870 Bismarck derrotó a Napoleón III y la ciudad de París fue sitiada. Con la Guerra Franco-Prusiana la ciudad quedó paralizada: había hambre, persecución y muerte. Manuel-Aquiles fue hecho prisionero y Madame Mauté, sin inmutarse, siguió preparando al joven Claude para que entrara al Conservatorio en octubre de 1873, entre los balazos de la guerra.

La joven Matilde, recién divorciada, se enteró de que su ex,

Verlaine, había herido a Rimbaud. Pero en el salón de música de su madre, ni ella ni Claudio habían escuchado esos disparos por celos.

La música y su vida

Imposible seguir en detalle la vida y el azar de este compositor, pero si decíamos que era imposible predecir los encuentros y los descubrimientos de un recién nacido, ¿quién podía haberse imaginado que Claude Debussy, nacido en condiciones precarias, iba a descubrir en el vuelo de las mariposas una analogía que lo llevaría a crear un estilo en la música y que, años después, fueran esos los cimientos con los que construyó la nueva estructura armónica “impresionista”. Como la que asoció en la Rivera Francesa y su impulso de pintar, como si después tratara mental y musicalmente de reproducir aquello que vio, una y otra vez, como eran sus deseos de volar y sentirse libre como una mariposa, como lo fue en la Costa Azul, donde pudo ver, oír, oler y hundirse en las aguas del mar y observar a lo lejos las tormentas que lo acosan y su furia, como fue testigo en los veranos de su infancia, para luego escribir una de sus obras maestras y un tratado musical sobre *El mar* o al intuir la difícil relación de la joven Matilde, para luego componer *Pelleas y Melisande*.

Toda una vida al azar, donde cada uno tiene sus encuentros y sus descubrimientos que, sin estar predestinados, marcan en el oficio su estilo como parece ser el caso de Claude Debussy, quien después de haber compuesto sus magníficas obras, murió en medio de otro bombardeo, como el que hubo en París el 25 de marzo de 1918, hace exactamente 90 años, durante la Primera Guerra Mundial. •

MARTÍN CASILLAS DE ALBA

Ciudad de México, 1941. Escritor, editor y novelista. Coordina el taller de Shakespeare en la UPN y en el Tec de Monterrey.